

La Semana Gráfica

6



Rocio Vega

La Niña de las Saetas

Sevilla

30 cts.

**Periódicos, Obras de lujo y
Revistas ilustradas.**

TRABAJO COMERCIALES DE TODAS CLASES

Prontitud y Esmero.

IMPRENTA BERGALI

**ÚNICA CASA EN SEVILLA QUE IMPRIME
OBRAS DE MÚSICA.**

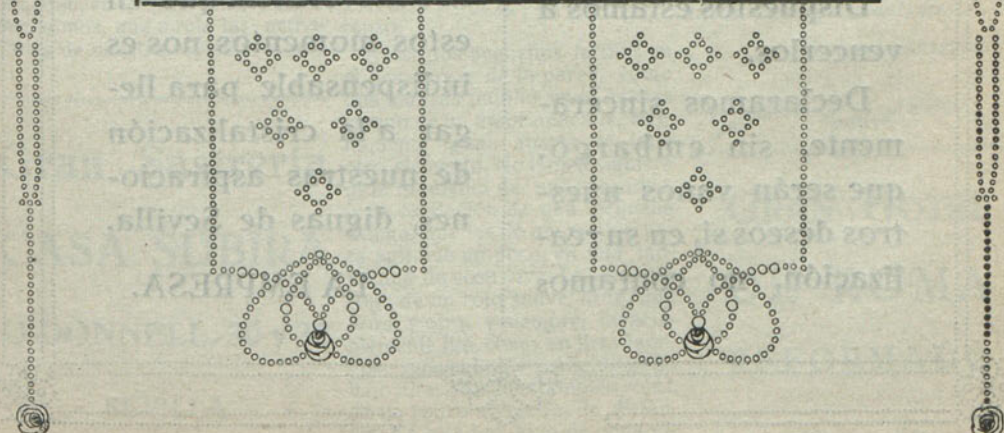


AMOR DE DIOS, núm. 33

Teléfono 827



Nosotros no decimos cuál es el número de ejemplares que constituye nuestra tirada porque no tenemos ganas de que se pongan en duda nuestras palabras, pero hay un medio muy fácil de saber si esta revista ha tenido aceptación: preguntad en los puestos de periódicos si el público busca “La Semana Gráfica” y si hay alguna otra revista, de Sevilla o de fuera de Sevilla, que iguale, en nuestra capital, la venta de “La Semana Gráfica”.



Nuestros propósitos

Con plena conciencia de que la obra que hemos emprendido representa una labor preñada de dificultades, no titubeamos en lanzarnos a ella sin temor.

Son estos primeros números de "LA SEMANA GRÁFICA" un modesto esbozo de nuestros propósitos que, de momento, tienen que luchar con los innumerables escollos de la falta de elementos materiales muy interesantes para la confección de nuestra revista.

Dispuestos estamos a vencerlos.

Declaramos sinceramente, sin embargo, que serán vanos nuestros deseos si, en su realización, no contamos

con el concurso de todos.

No solicitamos solamente el concurso de anunciantes y suscriptores como tales; tanto como eso agradecemos cooperación espiritual a nuestra penosa labor: iniciativas, consejos, advertencias, serán motivos para la gratitud de esta Empresa y medios para llegar a la más fiel interpretación de nuestra vida regional en sus aspectos más genuinos y característicos.

Confiadamente esperamos ser acogidos con la benevolencia que en estos momentos nos es indispensable para llegar a la cristalización de nuestras aspiraciones, dignas de Sevilla.

LA EMPRESA.

La Semana Gráfica

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

AMOR DE DIOS, 33.—SEVILLA

JORNADAS EN LA SOMBRA

LOS OJOS DE LA PLAZA DE SAN LORENZO

Hemos caminado, en el silencio de esta noche de Mayo, por las calles San Vicente, Teodosio, Santa Clara, hasta desembocar, al punto de las dos, en la plaza de San Lorenzo.

Para las inquietudes de nuestro espíritu, la densidad de este estancamiento de la vida y de las cosas, ha sido el contrapunto necesario para equilibrar nuestras funciones de ser civilizado, sometido a la disciplina de la corrección. ¿Quién se atreve a trastornar, con alaridos, la paz de estas calles, recogidas en sus nidos de sombras?

En el recinto de la plaza la quietud forma volumen. El silencio es volumen de los sentidos. Hay en los objetos que nos rodean una rara quietud, y así como en otros sitios nos sentimos invadidos por una paz que nos hace un poco soñadores, aquí nos sorprende una sensación de oquedad, en lo que vemos y en lo que somos, que anula las actividades de nuestro espíritu y nos

hace caer en un ensimismamiento de la nada. Todo pierde bastante de su corporeidad para convertirse en algo inestable, interino, como el tránsito de nuestra sombra.

El rojo oscuro de la iglesia lleva hasta el blanco limpio de las casas un tono suave de condescendencia y de blandura, que les quita la nota animada que pudieran sugerirnos. Los árboles duermen tan hondamente recogidos, que cada una de sus hojas es una meditación. En definitiva todo en la plaza es meditación. Una meditación intensa, abstracta, que nos hunde el alma y nos insensibiliza el tacto.

Pero nosotros que en los vuelos de la noche hemos arribado a este refugio de estatismo, no logramos anular nuestra conciencia. Hay algo que nos mira persistente, candoroso, con una subyugante mansedumbre. Este algo son los ojos de la plaza de San Lorenzo. De la iglesia de San Lorenzo.

Arden los pequeños faroles en el lienzo ocre de la pared, como dos mansas pupilas en el éxtasis sereno de un amor apacible, eternamente igual; aparte de todo otro elemento. No tienen siquiera ni la inquietud de un parpadeo, ni la oscilación de una pequeña ráfaga, que les dé un motivo para agitarse un poco, en una movilidad de cosa viva. La lucecita roja, de un rojo suave, arde una hora, y otra, y siempre, invariablemente fija, como un lirio luminoso que se hubiere estacilizado bajo unas lágrimas también rojas, de un rojizo apagado, de distancia. En ella hay algo de vida ultraterrena, más allá de las cosas

materiales, y es esto, particularmente, lo que nos desconcierta en este marco lejos de nosotros y al cual, no obstante, tocamos. La claridad que irradia sobre la plaza más bien es transparencia del muro, transfusión de una lámpara interior, encendida en una súplica resignada, callada y tenue, como un aliento delicado.

Imaginativamente vemos, con una fuerte impresión de realidad, el fondo de la iglesia, envuelto en la penumbra de sus naves, colgadas del silencio, de sus agonizantes lámparas de aceite, que lloran en débiles chiporreos, una plegaria interminable. Es la oración de todas las almas temblorosas que llegaron al templo para pedir el término de sus dolores.

Es la fe de un mundo de lastimados, de vencidos, que vino a cubrir la túnica del Nazareno, el rostro del Cristo redivino por la llama del genio en esta imagen de madera. Y esta florecencia de piedad, de misericordia, de súplica macerante, es la que, como una exudación misteriosa, filtran los faroles sobre el éxtasis de la plaza, en una luz roja, húmedamente roja, tal como un llanto de sangre, perennemente lento, de unos ojos perennemente abiertos al dolor y a la dulzura.

ADOLFO CARRETERO

Gran Sastrería

CASA SUBIRÁ

O'DONNELL, 30 y 32

- - - SEVILLA - - -

GRAN HOTEL
DE ROMA
REFORMADO

Gente extraña

La cita trágica

—Os he reunido en este banquete, amigos míos, para despedirme de vosotros. Mañana me tiene citado mi última amante; la Muerte. ¡No puede faltar a ella quien hizo de la galantería un cultoll—

Hubo un momento de estupor, pero repuestos, los invitados prorumpieron en sonoras carcajadas.

—¡Muy gracioso! ¡Eso es originalidad!—dijeron algunos.

Carlos Pirkan, el aristócrata más famoso de Madrid, no bromeaba. Estaba citado con la Muerte y no faltaría. Carlos, días antes de entrar en posesión de su cuantiosa fortuna, se trazó un plan. Sabía él, pues se conocía a sí mismo, que aquellos millones se irían pronto conociendo todos los placeres y todos los gustos, y que después de acabado el dinero, sería grotesco e indigno de un espíritu selecto, caer resignadamente en la indigencia, sometida el alma al martirio del recuerdo.

No. El, con la última peseta, acabaría su vida. Y pensado y madurado, se divirtió de lo lindo.

Recorrió Europa entera. En París conoció los más diabólicos refinamientos de Sodoma; en Berlín aprendió a hacer de la voluntad un dominio; en Londres admiró la disciplina y ciudadanía de las gentes; en Rusia amó a una nihilista, que se suicidó luego por él; en la dulce y bella Italia gozó del arte y del amor con suprema exquisitez.

Nada le fué desconocido. Ahondó en todos los misterios y conoció la verdad. Supo de todos los gustos sin llegar al cansancio. Y un día se preguntó con hastío, ¿qué inventaría para distraerse?

Conocedor de las mujeres, no creyó en ellas y no formó un hogar. ¿Para qué? El sabía muy bien que nadie, ni nada, evitaría que con la última peseta, desapareciese del mundo de los vivos...

Y por eso, Carlos Pirkan citó a sus amigos, les dió un banquete y se despidió de ellos.

Ninguno creyó en la posibilidad de una realidad trágica y muda. Un médico dijo depectivo: —¡Bah! Neurastenia pasajera.— Y empero, la afirmación había sido rotunda. Carlos estaba citado con la Muerte para el día siguiente.

¡La última peseta, yacía, con

su insignificancia, en el fondo de su portamoneda de oro!

Se levantó muy temprano. Se bañó y perfumó. Después se entretuvo en romper papeles inútiles, en dejar a sus amigos objetos de arte y otras riquezas.

Hecho todo esto, se asomó al balcón de la calle. Vivía en el bulevar de Velázquez, tan soleado y europeo. Cantaban los pájaros en los árboles altos y frondosos. El tranvía con ruido de abejorro y tintineo nervioso del timbre, anunciaba el comienzo de la actividad ciudadana. Lindas muchachitas de la aristocracia iban con sus criadas camino del colegio. Trabajadores, con la blusa al hombro, morenos y tostados por el sol y el aire, caminaban deprisa al trabajo...

Carlos se emocionó. Pensó por vez primera en las vidas laboriosas y útiles. En la esterilidad de su dinero y de su energía. Y lleno de melancolía, de remordimiento, afirmó con mayor rotundez la necesidad de abrazarse a la desnarigada...

Miró a la acera. Un muchachote de cuatro años, gordito y sonrosado, le hacía gestos y le sonreía. ¿Quién era aquel mocoso? Recordó. ¡Sí, era el hijo de la portera! La llamó y le hizo subir.

El chiquillo, lleno de vergüenza, entró en el despacho. Carlos le acarició, le besó, le prodigó infinitas ternuras y jugó con él a juegos infantiles.

Viendo Carlos que se divertía el chiquillo, se puso a cuatro pies y le paseó sobre sus riñones por toda la habitación. ¡Reía loco el muchachote! Carlos gozó por vez primera de un placer sencillo y cordial.

Se subió el chiquillo a una silla y dando un traspies cayó al suelo, rompiendo a llorar desconsolado y dolorido. Carlos le limpió las lágrimas, paternalmente, le consoló con palabras cariñosas, y después le dijo:

—¡Toma, muñeco, una peseta para caramelos!—y dióle la última moneda que le quedaba de sus millones derrochados...

Se despidió. Se asomó al balcón y vió cómo el chico, gozoso, agradecido, le decía adiós con sus manitas de querubín. Sonrió Carlos, llena el alma de ternuras infinitas.

Después fué a su mesa. Reflexionó unos minutos. Comprendió y condenó el gran error de su vida. El era un zángano de la sociedad. No servía para nada. Ni siquiera había sabido adornar su

vida absurda, de emociones imperecederas, por las que se vive siempre con una esperanza...

Escribió tranquilo una carta. Apuró la colilla de su cigarro. Vió la hora que era. Llamó al timbre, esperó unos segundos...

¡Y después, se dió un balazo en los sesos!

LÁZARO SOMOZA SILVA.

Claro Guadalquivir

El río de Sevilla tiene el sonoro y cristalino nombre de Guadalquivir, el *Río Grande*, según la significación arábiga.

Nace y muere en Andalucía, y por eso tiene las claridades de su cielo y las iriscaciones de su sol.

Entre riberas pobladas de naranjales, entre orillas que se engalanan con corpulentos álamos blancos-verdeplata—y con mimbrés que parecen desmayadas sobre la suave corriente, el río pasa por tierras de Jaén, de Córdoba y Sevilla, para llevar al mar la sal andaluza.

Al llegar a Sevilla, la inmortal ciudad, parece darle paso separándose de su arrabal de Triana. Sus casas floridas se miran en las aguas del río, orgullosas de su gracia y hermosura; la torre del Oro, almenada, da a la poderosa corriente el amoroso beso de la ciudad y los jardines del Parque de María Luisa y de las Delicias, se adelantan para vestir de flores sus orillas.

La Giralda lo ve ir a lo lejos y le envía las últimas voces del amor del pueblo, traducidas en locos y argentados repiques, que el río recoge en sus olas y las lleva hasta el mar para morir alegre y festivo.

El río se aleja de Sevilla entre tornos, y vueltas y remansos, siempre, siempre vestidos de verdos que le dan una alegría y encanto sin igual.

También en su margen derecha se levantan, entre las frondosidades de los naranjos y de los olivos, claros y bellos pueblecitos—San Juan de Aznalfarache, con su derruido castillo; Gelves que dió su nombre a la señora y dueña de los pensamientos del divino Herrera, y cuna del desgraciado y famoso torero Joselito el Gallo; Coria lo pintoresca e industriosa, Puebla del Río, la risueña...

De vez en vez, admiramos casitas blancas, cuyos muros reciben las caricias de la corriente y que están engalanadas con jardi-

nes, y con plantaciones de palmeras airosas y de naranjos de un eterno verdor...

Y norias árabes que elevan el agua del río para regar las férciles tierras próximas, sembradas de melones, maíces y arboledas.

Y extensos cercados donde se crían los toros bravos de lidia, constituyendo enormes pías de valientes y poderosas fieras, que vienen hasta las orillas para abreviar en el río tranquilo y sereno.

Y blancos caseríos de labor, los alabados cortijos andaluces, atesoradores de riquezas y pródigos de abundancia y de trabajo...

Los ruiseñores anidan en las frondas de las márgenes, y en la noche dan a los aires sus melíficas y apasionadas serenatas de

amor que, con el murmullo de las olas componen la más dulce música de la noche serena y misteriosa.

A Sanlúcar de Barrameda, la ciudad maga de los esplendores y de la manzanilla, llega el Río Grande entre pinares salutíferos.

Las olas del mar salen al encuentro del río y lo abrazan y lo confunden.

El sol, que deslumbra, bendice la santa unión de mar y río, enviándoles sus rayos más resplandecientes.

Y nuestro corazón, ante tanta fuerza y salud, y alegría, renueva sus bríos de fortaleza, y va a rozar sus alas con la inmensa planicie del río y del mar en anhelos infinitos de vida y esperanza.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN.

IDEILLAS

La sombra del borracho

El borracho salió del baile de una calleja.

Salió a la soledad de la calle. Le huyeron dos gatos.

La calle estaba muy oscura, pero, a su fin, donde había una plazuela pobre en que la soledad estaba vieja y a modorrada, se veía dulce claridad de luna.

Y el borracho fué ya, desde allí, acompañado: su sombra y la luna. La luna, que encontró al beodo en la plazuela, ya no lo abandonó.

Lo seguía.

Lo esperaba detrás de una chimenea. Se le iba a esconderse por los tejados. Lo aguardaba al volver una esquina.

La luna jugaba a perseguir al borracho.

El beodo cantaba:

«Ni pasés por mí quebranto, tú no tienes de ser mía como Dios no haga un mí... ¡la grol!»

«Lagro»—decía. Era una frase con alma aparte. Lagro era el súmum. ¡Lagro!

Y volvía:

«De que té sirvé llorá ni pasar por mí que... ¡bran tos!»

«Brantos». Brantos era agarrar los dedos; agitar la cabeza; encojer, como de un calambre, el brazo; forcer la boca y acabar con la vida...

A la luna le atraía todo aquel soliloquio sinfónico-gesticular del beodo y lo seguía atentamente con su caraza boba y blanca...

La sombra era un espíritu imbecil y burlón que imitaba, doblandose en el ángulo del suelo y la pared, a la necesidad de las calles estrechas o de los recodos...

«Ni pasés por mí que... ¡bran toos!»

—¡Hiii! ¡hiii, tristeza flamenca! —y a puñados de loco furioso se arrancaba el sombrero y lo tiraba lejos.

La sombra hacia lo mismo.

—¡Aaay... yayayayyy... hiii, mi madre!

Y fué como un ataque del pobre beodo. Se tiró de los pelos, dió una zapateta como un gatejo hidrófobo y se tumbó todo lo largo que era en mitad de la calle. Y la sombra murió en aquel momento aplastada por el borracho.

Aun si lo hubieran levantado antes de ser de día, la sombra hubiera salido de debajo del borracho viva.

Pero cuando un sereno le ayudó a ponerse derecho, era el frío amanecer: ni luna ni sol. Y la sombra había desaparecido. El borracho la había cojido, al caer, contra el suelo y la sombra se le había incrustado por la espalda.

¡Se le había metido su sombra en el corazón! Porque cuando lo alzarón y lo conducían se sentía el alma aplastada por un arrepentimiento profundo, que era más bien como una burla negra de sí mismo.

«Mi» amado pianillo

de las calles.

Niño yo...

Porque... ¡al organillo golfo, fiesta de los callejones!

Como cortesana infima de los barrios bajos con galas baratas allá va tu musiquilla dándose a todos por la miseria costrosa de la calderilla.

¡Oh, tu sentimentalismo canalla y errabunde!

Niño yo, te iba siguiendo como esas chicas desharrapadas y golfas que bailan a tu compás en medio de las calles.

Por la morisca Córdoba, en las plazuelas viejas y calladas ensombrecidas de pasado te recuerdo deteniendo tus ruedas errantes y echando a volar los inseguros gorrioonzuelos de tus notas.

¡Te parabas aquí y allá, y yo detrás de tí, hundido mi amor a tí, a lo largo de las callejas empedradas donde se alzaban los ecos para escuchar el traqueteo de tu marcha sobre las guijas de la rúa.

Yo iba enganchado, lo mismo que un golfete sericito, a una férrea barra trasera de tu carricoche fétile.

Y aquel polluelo flaco y chulo que volteaba el manubrio... Y aquel otro de gorra torcida que llevaba el compás de tus piezas golpeando una anilla de hierro de tus varas... Y aquellas conversaciones que seguían los hombres del pianillo sin hacer caso de nosotros los chiquillos errantes...

Ellos hablaban y seguían el hilo de sus anécdotas que eran como pecados confusos que me llamaban desde lejos.

Muchas veces veía yo pasar un poco avergonzado, mirando, como un reproche a mi mismo, mis libros de instituto, a los niños de mi esfera. Ellos no amaban seguir los pianillos ni otros pequeños azares del arroyo.

Pero yo no podía remediar mi interés por «mi» amado pianillo, tras del cual, dándole escolta incansable, íbamos, quien había nacido con un corazoncillo vagamundo y en él disuelta una voluntad inútil, y los muñecos harapientos que se sorbían el sobran-te de los helados en los cafés merodeando por entre las mesas al atisbo de los terrones de azúcar...

F. COVES,

¡Las cosas que disponen!

¿Se suprimen los piropos? ¡Pues que nos prendan!

No estamos conformes con que multen a los que echan piropos a las mujeres. Desde luego creemos que debe evitarse se digan groserías y gansadas, pero el que no pueda remediar una exclamación decente, un sencillo «¡señor...!» al paso de una mujer guapa, no debe ser medido por el mismo rasero que esos señores que esperan el momento oportuno para ofenderla.

El que al ver llegar una mujer bonita queda parado en seco y dice al amigo que lo acompaña, fijos los ojos en la cara de la nena—«¡Vaya! ¿Eh?»—tiene el mismo delito que el que a voz en grito le dice «No iba a dejá de usted ni el pelo. ¡Maldita sea el... tornero que se entretuvo en hacerla!...» ¿Verdad que no?

Hay piropos que agradecen las mismas mujeres. A la mocita guapa que en la calle muy bajito casi al oído le dicen: «Dios le dé salud a la que apagó la luz», lo agradece.

El piropo en Sevilla es una flor, salvo contadísimos gansos, que por querer ser más graciosos son más gansos. Aquí se oyen piropos con gracia, piropos que son un retrato hecho con cuairo palabras, sentencias, frases que rien las mismas mujeres. que las celebran, que agradan a los mismos acompañantes de la señora, que ellas repiten, regocijadas.

—¿Qué te crees tu que me han dicho a mi hoy?—dice una muchacha a sus amigas. Pues en calle Tetuán me dice uno: «Niña, que le ha astillado una media» ¡Y me miré y todo!

Si se ha de multar a los que piropean, deben dictarse órdenes para que las medias sean más tupidas, los vestidos más largos y los descotes más cortos. ¿Nos ponemos en razón?

A la mujer que se le ve en la calle el Canal de Panamá, hay que decirle algo, porque ella lo desea. Se pone esa blusa clarín para que le digan, cuando menos, «¡No se van a alegrá ná sus niños!...» «¡Y van a pasá hambre!...» «¡Cómo tendrá la paloma el picol

Esas señoras que se colocan un cinturón de seda de dos cuartas de ancho, que le ciñen las caderas hasta astillar, que por toda ropa interior llevan el peilejo, ¿se van a ir de rositas? ¿Es malo desearle que se le parta el traje al

cojer un tranvía?... ¿Y esas nenas nuevas, que no van andando, sino saltando, salta que te salta, siempre saltando, haciendo juegos malabares? ¡Que te caes, chiquilla!...

El que ha dispuesto esas multas tiene que ser de lata o salir a la calle un una berlina. Nosotros hemos visto el día de la Flor al señor Elío suspirando en todas las mesas; pero no un suspiro de monja, sino un suspiro que se empieza guiñando un ojo y se termina mordiéndose el labio. Más de una vez nos dijo ante una mesa de esas que hay ahora: «¿Eh? ¿Qué tal? ¿Eh? ¡Casi ná!...» Y eso escrito no tiene importancia, pero con la barba temblona y los ojos como dos ascuas, quiere decir mucho. ¡Casi ná, don Guillermo!

Acabar con esos socios que todos sus requiebros se reducen a decir a las señoras o señoritas: «Le hacía a usted...» «Empezaba a morder...» «Iba usted a durá peiná...» o meter en la cárcel a los que hablan por señas, nos parece muy requetebien; pero a nosotros, los que todo nuestro requiebro se reduce a parar en firme ante una hermosa y decir: «¡Vaya con Dios la Virgen!» deben dejarnos.

Tampoco hacen daño a nadie esos que se conforman con convertirse en objeto; esos que sólo dicen: ¡Quéin fuera el coche!... ¡Quién fuera zapato! ¡Lo que iré viendo ese San Antonio! ¿Me quiere usted en su casa de toalla?... ¡Cabe más inocencia!...

El requiebro no es feo, cuando no es feo. A la mujer guapa que le dice un hombre, «¡No le doy a usted un beso porque no me quean!...» lo agradece y sonríe. ¡Y hasta quizá sienta interiormente que sacara contados los besos!

Conste que las primeras multas las vamos a pagar nosotros. Consentimos ir a la Cárcel antes que no decirle a cualquier bella de las que tenemos catalogadas esas cosillas que pensándolas no salen nunca y al paso de dieciocho abríles dentro de un jersey crema salen solas, solas bailando...

—¡Nena de los ojos grandes y la blusa grande y las medias grandes! ¡Qué grandel!...

—Perdone usted, guardia, que con usted no era.

—Es que el gobernador...

—El gobernador es el primero que en Sevilla va a pagar la multa. Hasta que eso no ocurra seguiremos nosotros piropeando: «¡Ay! ¿Quién fuera estornino?...»

GALERÍN.

Anécdotas taurinas

Lagartijo, francófilo

El famoso torero cordobés Rafael Molina, era un enamorado de la vecina nación, y siempre que iba a París, a su regreso se hacía lenguas de sus edificios, de sus paseos, de sus teatros, de sus mujeres, de todo, en fin.

Lo único que se le indigestó desde el primer viaje a Lagartijo, fué el idioma, hasta el punto de que no pocas veces rogó a su amigo, Romero Robledo, que cuando lo hicieran ministro de Estado impusiera en Francia como obligatoria la lengua española.

«Cierta noche que se habían agotado todos los temas humanos, se recurrió a los divinos, y un sacerdote, el principal polemista de la tertulia, planteó la discusión de la falta de fe religiosa de muchos pueblos, y citó a Francia, como uno de los más descreídos.

Tal no hubiera hecho nunca el bueno del párroco, pues Lagartijo, como una furia, protestó de lo que él calificaba de «sacrilega calumnia»; pero el contrincante, que como hemos dicho, era un polemista temible, sin perder la serenidad, dulcemente, le fué acorralando con argumentos incontestables, y Rafael, lejos de darse por convencido; seguía su defensa en esta forma:

—Too eso que osté dise de Parí está mú bien, pero creasté que yo tengo razón para protestá cuando oigo desí que los france-se son malos cristianos. Lo que son, es mejó que nosotros, y la prueba es que asín como en España no nos acordamo de Santa Bárbara más que cuando llueve, y de Jesús, José y María, solo cuando estornuamo, allí, cada do palabras, le colocan a osté un santo nuevo en la conversación.

—La chipén, señor cura, la chipén. Como que el fransé castiso le nombra a osté al día doscientas vese a San Fason, San Seremoní y San Complimán, y cuando no saben el nombre del Santo de uno, para que se vea que son cristianos, le disen aquello de «Avotre Santé».

Con un argumento tan aplastante, todos los contertulios se dieron por convencidos, y al propio tiempo quedó también demostrada la modestia del célebre torero, pues no tenía motivos para decir que se le había indigestado el idioma de Clemenceau, antes Moliere.

INFORMACIÓN GRÁFICA



Bellas señoritas sevillanas en la azotea de una casa, en la que se celebra una Cruz de Mayo: fiesta popular, en la que este año ha habido gran entusiasmo.

Fots. Serrano.

Los nuevos Maestranteros de Caballería



Sevilla.—SS. AA. Doña Luisa y Don Carlos con los ocho aristócratas que fueron investidos con el título y uniforme de Caballeros de la Real Maestranza de Sevilla.



Sevilla.—S. A. R. la Infanta Doña Luisa, rodeada de las señoras y señoritas aristocráticas que asistieron a la toma de posesión de los nuevos Maestranteros.

Fots. Serrano.

La típica Romería del Rocío



Sevilla.—La Hermandad de la Virgen del Rocío saliendo de la Iglesia de San Jacinto para dirigirse al sitio de la romería.



Sevilla.—La Virgen del Rocío, seguida de las típicas carretas y jinetes, pasando por la calle Castilla, de Triana.

Fots Serrano.

● La actualidad gráfica en Cádiz ●



El personal de oficinas de "La Constructora Naval Española" que obsequiaron a sus jefes con un banquete para celebrar la feliz botadura del vapor Arnú.



Los equipos el Racing F. C. de Sevilla y el Español F. C. de Cádiz, que han jugado un reñido partido.

Fot. M. Iglesia.

Una boda en Jaén



La bella señorita Mercedes Mesa, que ha contraído matrimonio con el abogado y propagandista católico-agrario don Esteban Serrano, acompañados de sus padrinos.

Fot. Sandio.

CRÓNICA DE MADRID



(1) El nuevo académico de la lengua, señor Casares, (X) tomando posesión, acompañado de los señores Maura, Ortega Munilla, Lema y otras personalidades. (2) S. M. la Reina probando los bocadillos holandeses en la "Semana Holandesa" que se celebra en los jardines del Retiro. (3) La familia real en el acto de la inauguración de la "Semana Holandesa".

Fots. Vidal.

Muerte de la Condesa de Pardo Bazán

Dolorosa impresión ha causado la muerte de la insigne escritora Condesa de Pardo Bazán. El público — su gran público heterogéneo — no pensó ni remotamente, que ella, tan amante del estudio, dedicada a tan varias actividades del pensamiento humano, laboriosa como una hormiga, pudiera morir. Y, sin embargo, la realidad ha puesto en



el espíritu de las gentes el sello trágico de la muerte.

La Condesa de Pardo Bazán deja una labor imperecedera y personal. Su nombre universal alcanzó la gloria. En la literatura hispana, ocupa una época al lado de otras prestigiosas mentalidades: Menéndez Pelayo, Galdós, Pereda, Palacio Valdés.

¡Descanse! en paz la ilustre escritora!



La eximia escritora, prestigio indiscutible de la literatura española, explicando en su cátedra de la Universidad Central.



Vestid de luto los héroes romanos;
que supla al pañolón negra mantilla;
hincamos en el templo la rodilla
y a rezar como buenos sevillanos.

Que cese el golpe de tantas manos
en las fiestas de toros de Sevilla,
que falta Joselito Maavilla,
inventor de los "lances" sobrehumanos.

Imitarle en su arte no han podido
y han de pasar sus hechos a la historia.
Ante su tumba lance el latido
que siente la afición su memoria,
que el diestro ha de escucharlo agradecido
en las altas mansiones de la gloria.

Fots Serrano.

J. BÉJAR (Sinsabores)

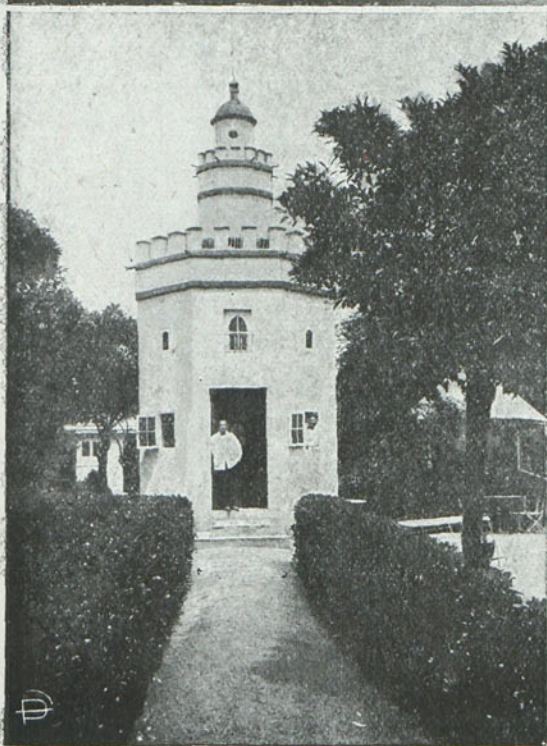
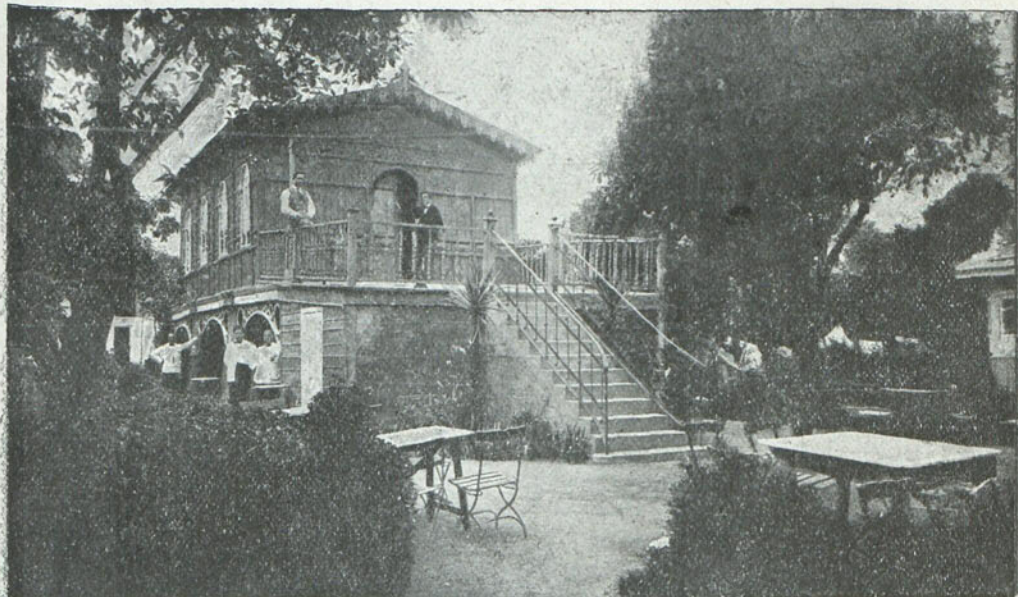


Un encanto del verano



(1) Delicioso aspecto de Eritaña en el que está enclavado el "Club Hispania" recientemente inaugurado. (2) Un rincón del "hall" donde se celebran bailes.

sevillano: "Club Hispania"



El "Club Hispania", enclavado entre la hermosura de las frondas de Eritaña, será este verano en Sevilla el sitio de preferencia; uno de esos rincones "chic" donde el mundanismo y el galanteo se darán citas todas las noches para abrir sus flores espirituales en aquel ambiente versallesco, donde las notas de los "fox-trox" y los valses tienen el perfume de la frivolidad y del olvido.

Allí, "Simarra" ese mago del baile, pone cátedra. Las tanguistas, bellas mujeres elegantísimas, hacen olvidar con el coro de sus risas a los que asisten al "Club Hispania" todas las tristezas y sinsabores de la vida.

El "hall" no tiene nada que envidiar a los más acreditados "music-halls" parisienses y madrileños. Todo en él es de buen gusto y artístico:

El sexteto "Derki" es muy notable y anima extraordinariamente las veladas con su escogido repertorio.

Los servicios de restaurant y de vinos están lo bastante acreditados para que se le hagan elogios ya sabidos y merecidos.

El "Club Hispania" será y es el sitio más

lindo para pasar un rato divertido, agradable y lleno de encantos de mundanidad, de exquisito

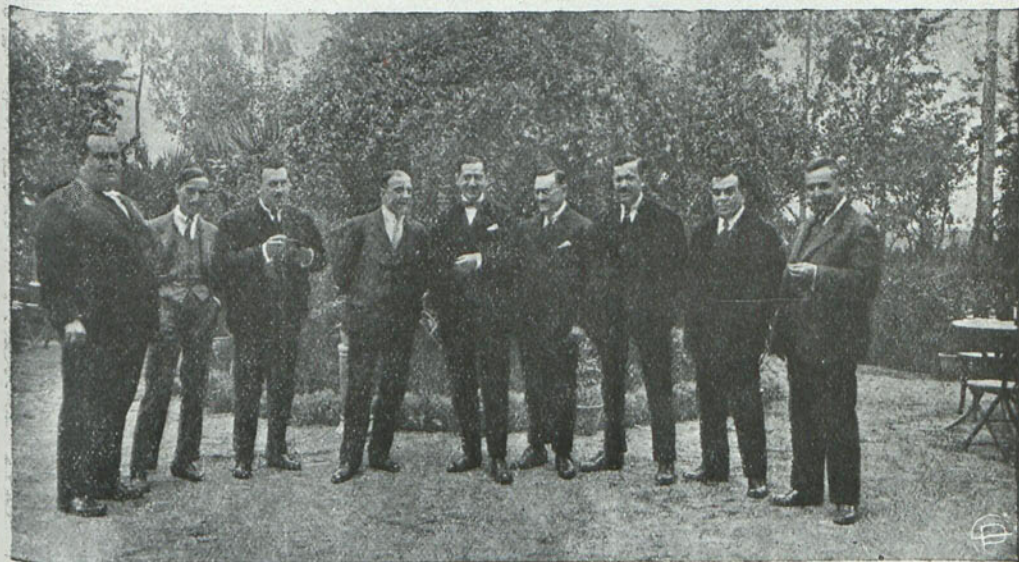


(1) S. A. R. la Infanta María Luisa rodeada de aristocráticas señoritas, damas de la Cruz Roja, después de serle impuesto el brazalete. (2) El señor Marqués de Laurencin y el Gobernador civil en el acto solemne de clausura del importante Congreso de Geografía e Historia Hispanoamericanas recientemente celebrado. Fots. Serrano.

MISCELÁNEA GRÁFICA



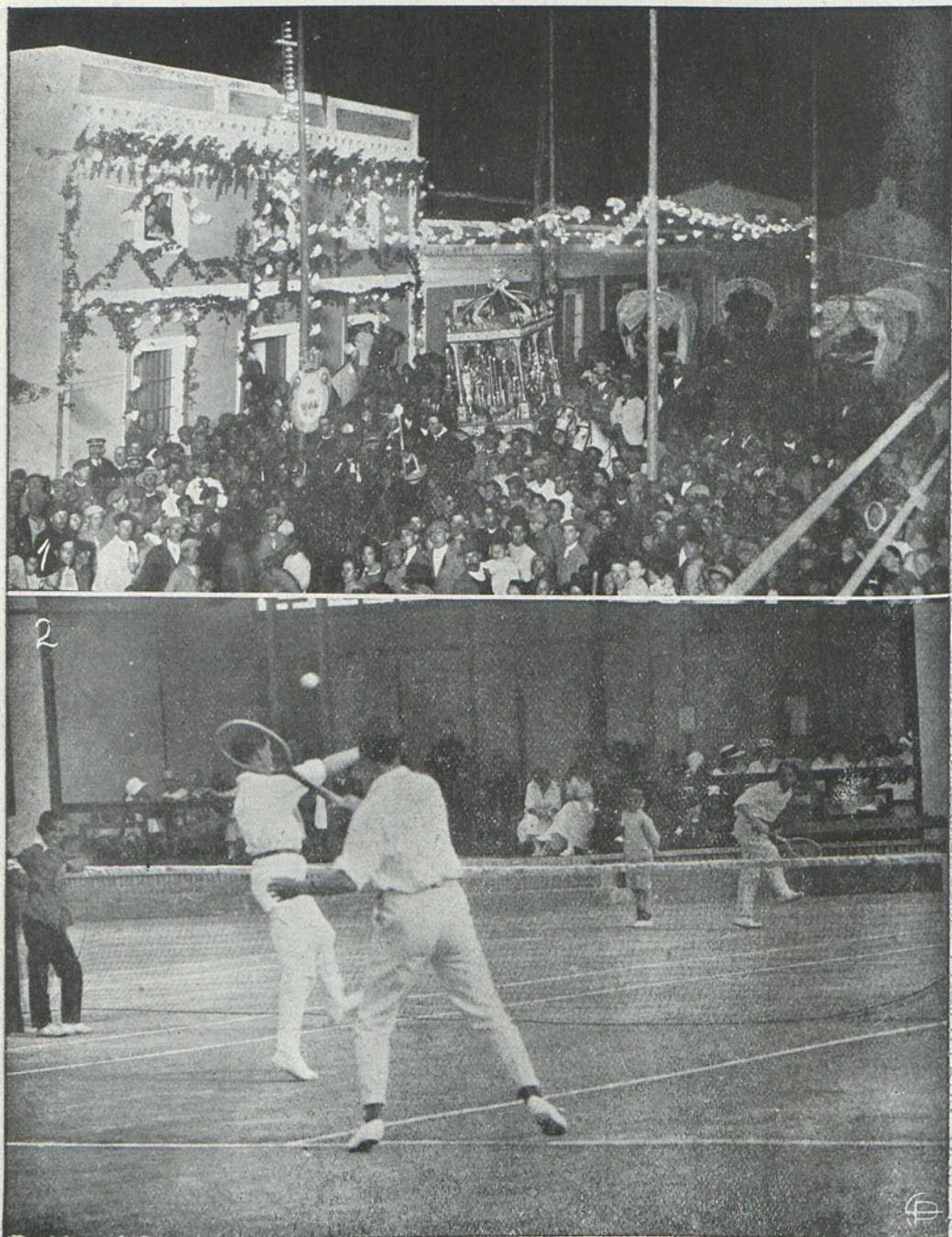
Sevilla.—El Cónsul británico Mr. F. Gordon Rule, su señora y varias familias aristocráticas convidadas a bordo del yate "Liberty" por su propietario Mr. R. P. Houston.



Sevilla.—La directiva de la Sociedad "El Encanto de la Vida" después de la sección de clausura presidida por el Gobernador civil señor Elío.

Fots. Serrano.

● La actualidad gráfica en Huelva ●



(1) La Hermandad del Rocío atravesando el barrio de San Sebastián, el 12 del actual, camino del sitio donde se celebra la romería. (2) Un emocionante momento del partido de lawn-tennis que se está celebrando en Huelva por afamados jugadores que se disputan el campeonato de España.

Fots. Calle.



Los perfumes
marca
ÁNFORA
son los preferidos
por las mujeres
elegantes.

INSTITUTO
ESPAÑOL
SEVILLA

HELIOS

Sombreros

de

Primavera



De arriba a abajo.—Sombrero de crin negra con cinta azul rey.—Sombrero de tul negro, pluma de avestruz color cereza y negro.—Sombrero tagal rosa con uvas negras y rosas —Elegantísima toca de tabletas verdes, con alas verdes también.

Estos modelos que hoy publicamos, para orientación de nuestras lectoras, son los más "chic" de la moda parisién, y en realidad se ve que hace más bonitos los rostros de las damas, especialmente la toca y el tagal rosa con uvas negras.

UN CUENTO

○○○○○

EL OLVIDO ○○○○○

M. León Argoulet, director de la gran fábrica de motores para automóviles que llevaba su nombre, se proponía organizar con su ingeniero Adrián Ceste una excursión a la República Argentina, en donde acaba de darse a conocer su marca.

M. Argoulet dijo a Adrián:

—Tome usted nota, mi querido amigo. Hay que ir, a nuestra llegada a Buenos Aires, a ver a Félix Bragado, con quien deseo vivamente hacer negocios.

Pero inmediatamente. Adrián Ceste dejó de escribir en su libro notas y levantó los ojos a su interlocutor con expresión de sorpresa.

—¿Conoce usted a Félix Bragado?

—Le conozco. Le conozco mucho... sin haberle visto nunca. Porque no ha venido nunca a Francia, y yo no he ido a la Argentina. Pero hemos tenido relaciones de negocios, siempre con una corrección absoluta. Permítame usted, sin embargo, que me sorprenda. ¿Qué relación puede haber entre los motores Leon Argoulet y Bragado, que vende conserva de carne?

—¡Ahl! ¡Ahl!—exclamó riendo M. Argoulet.—Está usted atrasado, amigo Ceste. Hace siete u ocho años, Bragado vendía, efectivamente, conservas, y debe venderlas todavía. Pero vende automóviles desde que se ha asociado a su yerno Antonio Rojas, que se ha revelado como el rey de las carrocerías.

—¿Se ha casado Lidia?

Estas cuatro palabras salieron de los labios de Adrián Ceste como un grito de dolor. Pero Argoulet no se dio cuenta y preguntó con la mayor naturalidad del mundo:

—¿La conoce usted? Parece ser que era una muchacha encantadora. Me han dicho que se educó en París.

—La he encontrado alguna vez en casa de amigos míos—dijo Ceste.

Y después, para ocultar su emoción, se puso a hablar de negocios.

Hacía ocho años que Adrián Ceste adoraba a Lidia Bragado. El día en que la vio por primera vez quedó enamorado de ella.

Sus encantos sedujeron al joven ingeniero.

Lidia Bragado, bajo la dirección de una tía poco severa, aprendió en París diversos caminos artísticos. Aprendió música, literatura, filosofía y otras muchas cosas igualmente importantes. Pero era mucho más asidua a las reuniones en que se bailaba y en los campos de «tennis».

Y fué en esos lugares en donde Adrián la encontraba casi todos los días, y en ellos donde se inició entre los dos jóvenes una novela que había de absorber todos los pensamientos de Adrián.

Y lo que comenzó en un «flirt» bastante vulgar, adquirió en seguida caracteres de una verdadera pasión. La tía de Lidia, que había observado la inclinación recíproca de los dos jóvenes, no pareció dispuesta a combatirla. En efecto, no se podía poner reparo alguno a una unión perfectamente conveniente. Ceste era un muchacho de excelente familia, serio y de porvenir.

—¿Qué diría su padre si le pidiera la mano de usted?

Y Lidia, riendo con una risa cristalina, respondía:

—Supongo que se le concedería a usted. Bastaría que yo se lo rogase.

—¿Y usted se lo rogaría?

Y era entonces cuando los ojos de Lidia contestaban a Ceste que ya no preguntaba más.

Sin embargo, otro día en que Lidia se mostró un poco inquieta, dijo a Adrián:

—Sería muy difícil acostumbrar a mi padre a la idea de que viviera en Francia.

Pero el enamorado constató en seguida:

—No sería obstáculo. Yo me establecería en Buenos Aires, donde ganaría tanto dinero como aquí.

—¡Ah, no...! ¡No, no!—respondió vivamente Lidia.—Me gusta mucho París, y no pienso dejarlo por ahora.

Félix Bragado cayó enfermo algún tiempo después, y tía y sobrina tuvieron que salir de París precipitadamente.

La despedida fué emocionante. Lidia y Adrián convinieron en que en cuanto Bragado mejorase, Ceste iría a América a pedir personalmente la mano de Lidia.

Esta dejó a Adrián hecho un mar de lágrimas. Convinieron en escribirse cada correo... Pero Lidia no escribió más. A las cartas de Adrián, no contestaba ella.

Uno de los más terribles dolores humanos es no comprender por qué nos ha sido impuesta una desgracia. Ceste pasó por todas las fases de la inquietud y de la desgracia.

Los años siguieron a los años, trayendo, no el olvido, sino una especie de adormecimiento doloroso, durante el cual el pobre muchacho hizo una vida maquinal y sin objeto.

Fué nombrado ingeniero jefe de la importante casa Leon Argoulet, y se hizo pronto el hombre indispensable; pero para él, toda alegría había muerto.

En el barco, Ceste se había prometido hacer todo lo posible por no encontrarse con Lidia.

Al día siguiente de su llegada hizo la convenida visita a Félix Bragado. El marido de Lidia, Antonio Rojas, estaba presente. Los dos hicieron una gran acogida al ingeniero, y establecieron las bases de un importante negocio, y Rojas, en un tono que no admitía la menor objeción, invitó a comer a Adrián en su casa.

Este trató de rehusar. Pero los acontecimientos tuvieron más fuerza que su voluntad... Al fin tuvo que aceptar, y una noche fué a casa de Rojas con el corazón apretado.

Lidia Rojas le esperaba sola en su inmenso salón. Apenas había cambiado. El mismo encanto en la mirada, los mismos gestos, la misma voz...

Adrián tembló de los pies a la cabeza. Lidia le tendió las dos manos y le dijo con la mayor naturalidad.

—¡Ahl...! ¡Qué alegría, mi querido amigo, verle a usted por Buenos Aires! Es delicioso que haya venido usted hasta aquí. Mi marido me ha dicho que prepara usted grandes negocios con mi padre y con él. Me parece muy bien. ¡Hay que ganar mucho dinero!

Se abrió una puerta y penetraron tres niños encantadores, dos niños y una niña que rodearon en seguida a su madre y lanzaron miradas curiosas al extranjero.

—Mis hijos—dijo Lidia con orgullo.

Y como Adrián se disponía a hablar, ella le atajó diciendo:

—Parece ser que usted no se ha casado todavía.

Durante la comida, Adrián Ceste se mostró animado y alegre. Acababa de ser curado de una manera rapidísima. Lo había comprendido todo en un momento. Era muy sencillo, sencillísimo. Había pasado muchos años intentando resolver un problema espantoso.

Y no había tal problema.

No había más que una mujer

que olvida... que olvida en seguida y que olvida hasta un extremo que no puede uno imaginar.

PIERRE VALDAGNE.

Dr. Castilla Calvo

Consultorio médico-quirúrgico

Consulta de 1 a 3 y de 8 a 9

FERIA, 157.—SEVILLA

Palabras sueltas

Cosas banales

Hablemos un rato de cosas banales. Acaso así conseguiremos decir una palabra interesante. Una sola palabra nada más. Y es bastante.

Los escritores luchamos dolorosamente por estampar en nuestros artículos una idea, por reflejar una emoción, por recoger un instante espiritual, por transmitir una vibración emotiva. Alguna vez debíamos inspirarnos en la generosa intención de no decir nada. No decir nada con buen sentido. Con ese buen sentido que puede conducirnos, por no tener preocupaciones intelectuales ni artísticas ni literarias siquiera a decir una palabra, tan solo una, luminosa.

Una palabra fulgurante puede justificar un artículo, un libro, un esfuerzo. En realidad todos los escritores nos afanamos por decir la. La imposibilidad de encontrarla en el corazón nos infunde ese malhumor que se expresa en dicterios contra las palabras. Hamlet contra la honda inquietud de no encontrar en su espíritu la palabra cierta cuando dijo aquellas palabras injustas: «palabras, palabras, palabras». Palabras eran las que, en el fondo le torturaban, y las que a nosotros, si pudiésemos enchirlas con la sangre palpitante de nuestro corazón nos enorgullecerían.

Todos los escritores luchamos por trasplantar una idea, una

emoción, una inquietud espiritual. Esto parece muy cierto. Pero es mentira. Todos luchamos por dar vida a una palabra. Una palabra fragante, dorada, sugerente. Que perfume, esmalte o surgiera nuestro amor o nuestro dolor, la gracia vaporosa de la mujer que amamos, el perfil armonioso de nuestra idealidad, la paz ingenua de nuestra casa o el olor agrio de la multitud que nos rodea. Cuanto estremece nuestro foco sensitivo. Y la palabra que anhelamos no arde en nosotros. Lo digo con un poco de desesperanza.

Nuestra lámpara cerebral se consume. Cada día es más débil su llama azul. Y no logramos mientras ella se consume, fundir en llama la emoción que más queremos plasmar en una forma literaria.

Y un día, como yo ahora, nos rebelamos con una rebelión que tiene más de rendición, y nos encaramos contra lo más nuestro de nosotros mismos. En este instante renunciamos a perseguir la estrella. Impávidos como el mejor cínico, la vemos cara a cara. Y decimos, con una prestancia de la que no nos sentíamos posesos, palabras solas, sin ningún propósito, sueltas, banales.

En lo más abstruso de nuestro espíritu la esperanza enciende su llamita pálida, amarilla, persistente. Y su resplandor nos parece—químéricos reflejos de la esperanza—el fulgor cintilante de la estrella.

CÉSAR FALCÓN.

Puede pedirse "La Semana Gráfica" en los sitios siguientes:

SEVILLA.—En todos los puestos de periódicos y en esta administración.

CORDOBA.—Kiosco de Andrés Gracia.

CADIZ.—En todas las librerías y puestos de periódicos.

SANLUCAR DE BARRAMEDA.—Francisco de P. Morales y Anastasio Sánchez.

HUELVA.—Librerías de Nicolás Pomar y Justo Toscano.

ARROYOMOLINO DE LEON.—Antonio López Ramírez

ARACENA.—Luisa Romero.

ISLA CRISTINA.—Joaquín Nieto Peele.

CARTAYA.—Luis Romero Flores.

LEPE.—Francisco Guzmán.

SE ADMITE COLABORACIÓN RETRIBUIDA, PERO NO SE DEVUELVEN ORIGINALES NI SE SOSTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE LOS RECIBIDOS.

MOGUER.—Salvador Borrero.

SAN JUAN DEL PUERTO.—Juan Sánchez Barquero.

FREGENAL DE LA SIERRA.—Manuel Chaves Polis.

GIBRALEON.—Juan Torres Rodríguez.

CALAÑAS.—Diego Ferreira.

PUEBLA DE GUZMÁN.—José María Luque.

CÓRDOBA.—Kiosco de Andrés Gracia.

MONTILLA.—Rosalia Blanes.

BAENA.—Rafael Garifa.

CABRA.—Saturnino Peñalva.

PUENTE GENIL.—Enrique Berral.

ESPIEL.—Aparicio Crespo.

NUEVA CARTEYA.—Eladio Osuna.

Los fotógrafos y aficionados de la región que nos remitan fotografías de interés informativo percibirán por cada una de las que se publiquen cinco pesetas

Los buenos comerciantes lo saben: ningún anuncio es tan eficaz como el que aparece en una revista ilustrada. Este anuncio es casi eterno, porque una revista nunca se rompe ni se tira. Cada anuncio que pongas en una revista equivale a un ciento de los que hagas por cualquier otro procedimiento. Pon tu anuncio en "La Semana Gráfica" y centuplicarás tus operaciones. - - -

EL GENIO DE LA POESÍA

Lo he visto de noche, en la azul estrella,
lo he visto en sus ojos, los ojos de ella.
Lo he visto en el rayo, violáceo al tronar,
lo he visto en el lago, lo he visto en la luna,
yo lo vi en las almas, yo lo vi en la cuna,
lo he visto nadando, sobre el verde mar.

Flotando en el genio, que sublime crea,
girando en el humo de la chimenea.
Besando las flores que nacen de Abril;
lo he visto en el bosque de verdes encajes,
lo sentí en el aire, mover los ramajes,
lo sentí en el clave, de voz de marfil.

Lo he visto en las noches, de calma y misterios,
lo he visto ocultarse, en los cementerios.
Lo he visto incorpóreo, nadar en la luz:
yo lo vi en los ramos de flores fragantes,
y lo vi en las joyas, lo vi en los diamantes...
¡Y lo vi fulgente, nimbar a una cruz!...

ANTONIO GARCÍA PADILLA



ANUNCIOS POR PALABRAS

La conveniencia de esta sección y los grandes beneficios que reportan al anunciar te y al público son indiscutibles, pues aquél, por poco dinero, obtiene una eficazísima propaganda de sus mercancías, y el lector encuentra en ella siempre ofertas ventajosas. Dedicaremos parte de estos anuncios a publicar la correspondencia que se nos remita y que a juicio de la dirección puedan serlo.

Precio por palabra y por inserción: DIEZ céntimos.

Anuncios.—Los más eficaces, los de LA SEMANA GRÁFICA, Amor de Dios, 33.

Almacenes de madera.—Ricardo Magdalena y Compañía, Zaragoza, número 78—Teléfono 1232.

Almacenes de ropas confeccionadas.—Pedro Roldán—Plaza del Pan, 3.

Automóviles.—Cubiertas y cámaras. Bandajes macizos Dunlop.—Andalucía Automóvil, S. A. Sucesores de García Junco hermanos, Adriano, 1 y 7

Cubiertas, cámaras y accesorios. Plaza del Salvador, 12 y Alvarez Quintero, 1.

Comidas.—Restaurant Bolinche. Federico de Castro, 13.

Construcciones.—Ricardo Magdalena y Compañía. Zaragoza, número 78—Teléfono, 1232.

Fotografados.—Pedro Sánchez, Hiniesta, 29.

Hospedajes.—Hotel de Roma.

Imprenta.—Sucesores de Bergalí, Amor de Dios, 33.

Joyas.—Casa Dalmás, Campaña, 7.

Óptica, Fotografía, Material fotográfico.—La mejor casa Cantos, O'Donnell, 18.

Perfumes.—Instituto Español.

Pianos.—Damas, Serpes, 65.

Seguras.—La Unión y El Fénix Español, García de Vinuesa, 6.

©○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○

SALÓN ZAPICO

Propietario: JOSÉ MARTÍNEZ

Grandes bailes todas las noches.

○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○

Taller de Estereotipia plana.—José López.—Concepción, 3.

LEA USTED
todos los miércoles

La Semana Gráfica

Grandes informaciones

La Semana Gráfica

REVISTA DE INFORMACIÓN GENERAL, ARTE, LITERATURA,
MODAS, TEATROS, DEPORTES, TOROS, ETC.

Publicará numerosos fotograbados de la más palpitante actualidad
y amenas crónicas.

NÚMERO SUELTO, 0'30 PTA. - ATRASADO, 0'60.

Suscripción trimestral:

En Sevilla	3'50 Ptas.
Resto de España	4'50 "
Extranjero	6'00 "

PAGO ANTICIPADO

Tarifa de anuncios por inserción

Una plana	100 Ptas
Media plana	60 "
Tercio de plana	40 "
Cuarto de plana	30 "
Octavo de plana	15 "

Sitios preferentes y reclamos ilustrados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: AMOR DE DIOS, 33.-SEVILLA.-Teléfono, 827

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
con domicilio en calle
núm. se suscribe por a "La Semana
Gráfica", a cuyo efecto remito al Sr. Administrador de
dicha revista por giro postal pesetas⁽¹⁾

..... a de de 1921.

(Firma del suscriptor)

(1) A los suscriptores de la capital se les pasará recibo a domicilio.

GRANDES ALMACENES EL ÁGUILA

SIERPES, 70 Y 72. - SEVILLA. - Teléfono 18

SUCURSALES.—Madrid, Barcelona, Alicante, Almería, Bilbao, Cádiz, Cartagena, Gijón, Granada, Málaga, Palma de Mallorca, Santander, Valencia, Valladolid y Zaragoza.

ROPAS Y ARTÍCULOS CONFECCIONADOS PARA CABALLEROS, SEÑORAS, NIÑOS Y NIÑAS

Camisería, Géneros de punto, Guantería, Corbatería, Sombrerería, Zapatería, Artículos para viaje, Peletería, Paraguas, Bastones, etc.

— PRECIO FIJO —

VENTAS AL CONTADO



MATA-MOSCAS
ZOTAL
(Marca registrada)

Atrae y mata las moscas,
mosquitos y otros insectos.

Es conveniente la destrucción de las
moscas por ser las propagadoras de
muchas enfermedades.

Concesionarios
Camilo Tejera y Hermana
Marlíniz Montañés 25
SEVILLA.

Andalucía Automóvil

S. A.

Sucesores de García-Junco Hnos

Cubiertas y Cámaras

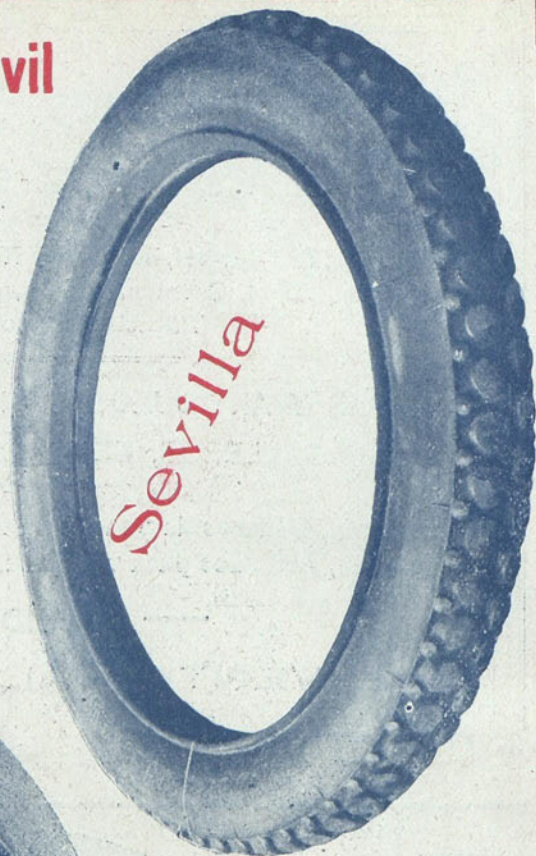
para Automóviles

MARCAS

DUNLOP

FISK

MICHELIN

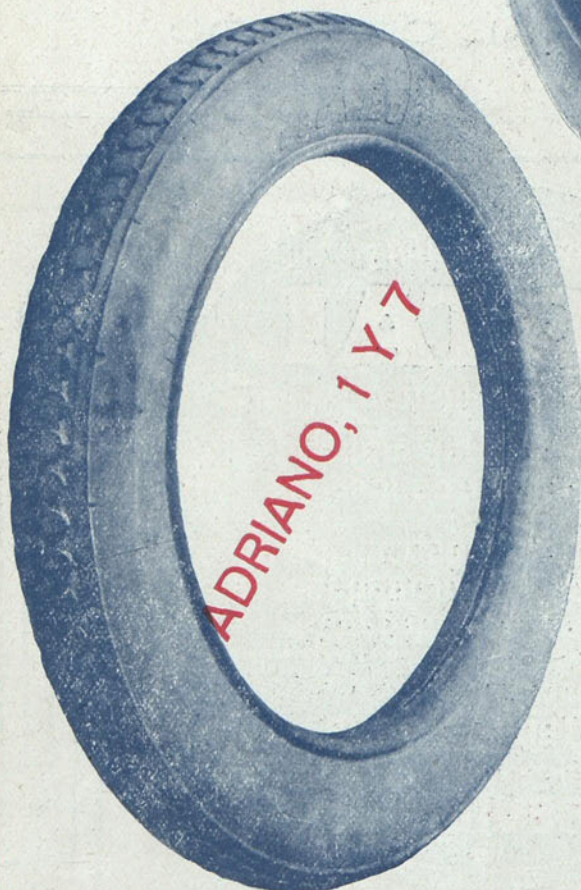


Bandajes macizos

DUNLOP

Prensa especial

para su colocación en el acto



PRECIOS

SIN COMPETENCIA